

## LA HUÍDA

La muerte salió esa tarde a pasear en una bicicleta tan antigua y eterna como ella, sus ruedas grandes chirriaban de manera áspera, sin que su rostro rugoso y demacrado por ello se inmutara. Eligió un camino de tierra bordeado de árboles enormes, frondosos, cuyas hojas al moverse descubrían las flores de esa primavera que había llegado desbordante, el aire impregnado de azahares la delataban mientras el viento ejecutaba un vals de violines y olas. Los pájaros curiosos seguían distantes, con sus dulces trinos, a esa figura andante que dejaba el aire congelado. Las ramas de los árboles parecían inclinarse a su paso.

Dentro de ese cuadro, la muerte comenzó a silbar una melodía litúrgica que se fue apagando de a poco. Pedaleaba más lentamente a medida que se acercaba a esa casa solitaria; sintió los aromas a café, a miel, y el del pan recién horneado. “Hogar dulce hogar”, pensó sorprendida al ver la puerta que se abría y más aún, la impactó el descubrir que el amor se asomaba en aquel interminable abrazo. Deseó con todas sus fuerzas mezclarse entre la piel sedosa de ella y la risa juvenil de él. Pretendió... pero perpleja, no pudo interponerse, se quedó inmóvil, el cielo se pintó de púrpura: y la muerte comenzó llorar, sobrenaturalmente las lágrimas brotaban sin cesar de sus ojos hundidos, cada vez más brillantes; entonces quiso huir, avergonzada. Fue en ese momento cuando el llanto intenso y conmovedor envolvió su imagen y la fue diluyendo de a poco, para terminar de disolverse en el aguacero que despejó el cielo cubriendo el lugar de miles de pequeñas gotas iluminadas por el sol que asomó majestuoso.

Sólo quedó, en ese atardecer primaveral y húmedo, el perfume a azahares y la vida misma que continuaba.